

# EDUCAR PARA UN NUEVO HUMANISMO

Por Nelson Vallejo-Gomez

REFORMA/Especial

**P**ARIS. El mayor desafío que debe enfrentar hoy la educación es, según el pensador francés Edgar Morin, la contradicción entre los problemas cada vez más globales, interdependientes y planetarios, por un lado, y nuestro modo de enseñar y de conocer cada vez más fragmentado, parcelario y compartimentado, por el otro.

En entrevista, este precursor del pensamiento complejo advierte que si queremos preparar a los jóvenes que vivirán el próximo siglo, habrá que educar para un nuevo humanismo.

*¿Qué necesita integrar un sistema educativo para afrontar las contradicciones?*

—Creo que debería aspirar a lo que Pascal decía hace tres siglos: "Tengo por imposible conocer las partes sin conocer el todo, así como conocer el todo sin conocer particularmente las partes". El conocimiento debe estar en movimiento, en relación y en religación entre lo local que afecta lo global y viceversa. Aspirar, pues, a un pensamiento capaz de establecer relaciones entre las partes y el todo, a uno que sabe contextualizar lo singular y concretizar lo global. Debemos plantear en todos los campos de la vida y en los campos universitarios, la necesidad de un pensamiento cuestionante, multidimensional, inevitablemente fragmentario, pero que nunca abandona las cuestiones fundamentales y globales.

Dos tipos de ceguera afectan hoy la educación cuando tratamos de lo global y de lo contextual. La ceguera que producen los egocentrismos, los particularismos, los atrincheramientos nacionalistas, étnicos y fanáticos, y la ceguera que proviene de un pensamiento técnico-científico, en donde la aptitud para pensar lo global está atrofiada por la racionalización y la hiperspecialización.

La ciencia humana más formalizada, la ciencia económica, es incapaz de pensar las perturbaciones y las crisis que del sur de Asia a Brasil amenazan la dislocación de la economía mundial. ¿Por qué esta carencia mental? Porque la economía se convirtió en una racionalización de los intercambios de capitales encerrada en sí y desconectada del contexto humano y social. Es curioso notar que en la Bolsa de valores se producen movimientos irracionales, fenómenos psicológicos, pánicos, que no se explican desde el punto de vista de la ciencia económica.

*¿La educación podría subsanar esa carencia mental?*

—Es posible. A condición de que entendamos la nueva misión educativa como una reforma del pensamiento que permita religar disciplinas; es decir, como un cambio de paradigma que modifique la manera en que nos hemos acostumbrado a pensar.

El paradigma de conocimiento que gobierna las mentalidades del "pensamiento único", el cual crítico por doquier, se basa en cuatro pilares: Lógica deductiva, reduccionismo, separabilidad y ordenamiento. El ordenamiento mental establece y regula lo que se define de la realidad. La separabilidad es el conocimiento simplista de las partes y sin religación entre sí. Hay una tradición educativa que separa las ciencias y la cultura humanista de la cultura científica. El cientifismo crea una mentalidad incapaz de reconocer la subjetividad e ignora la intersubjetividad necesaria para relacionarse entre seres humanos. El reduccio-

nismo es la disminución a lo medible, lo cuantificable, y cuando rechaza la contradicción aparece una forma mental de racionalización lógico-deductiva. Se hace evidente la necesidad de pensar hoy en día bajo un paradigma de complejidad, pues vivimos bajo los imperios del principio de disyunción, reducción y abstracción, cuyo conjunto contribuye a lo que llamo el paradigma de simplificación.

*¿Cómo religar las disciplinas?*

—Es necesario recordar cuatro intenciones fundamentales de la educación. Pienso que Montaigne formula la primera: "Es mejor una mente clara que atiborrada". Esto quiere decir que la enseñanza no consiste en acumular conocimientos, sino en organizarlos en función de los puntos fundamentales.

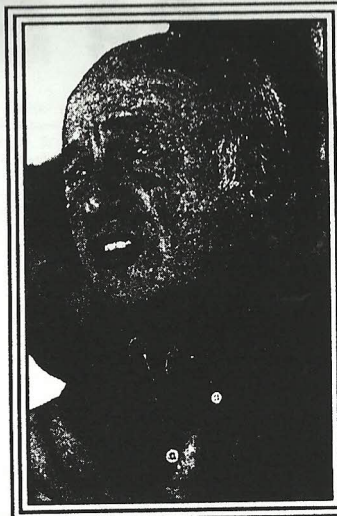
Juan Jacobo Rousseau formula la segunda intención de la educación: Enseñar al joven su condición humana. Este precepto es el fundamento de toda cultura humanista. En nuestra era planetaria, se hace más urgente esta enseñanza, pues la humanidad vive hoy una comunidad de destino, sometida a los mismos problemas de vida y de muerte. Es en este horizonte que debemos concebir un lazo entre la cultura científica y la humanista. ¿Por qué? Porque si nos inspiramos en las ciencias multidisciplinarias —ecología, ciencias de la tierra, cosmología—, podemos situar al hombre en su condición biofísica, cultural, compleja; situarlo no sólo localmente sino temporalmente, como un ser constituido por partículas forjadas en soles anteriores al nuestro.

Situar nuestra condición humana local y global es concebirlas a la vez como seres con filiación cósmica y,

**'Debemos plantear la necesidad de un pensamiento cuestionante, multidimensional, inevitablemente fragmentario, pero que nunca abandona las cuestiones fundamentales y globales'**

al mismo tiempo, indicar nuestras diferencias y singularidades, que emergen de la conciencia, del pensamiento, de la cultura. El regalo que pueden dar las ciencias a las humanidades, en el campo educativo, es el de situarnos en nuestra condición biofísica, terrícola y sideral.

Por supuesto, literatura, poesía, música y toda forma artística nos sitúan en la condición humana, inspirándonos en la tercera intención de la educación, formulada también por Rousseau: "Enseñar a vivir". ¿Qué significa vivir? El hecho de vivir, las vivencias, es de por sí aprendizaje. En la educación no se trata solamente de enseñar técnicas, saberes, modos de producción, etc., también educar significa aprender las relaciones con los demás y consigo mismo, aprender la civilización, la ciudadanía. Pienso que en ese sentido la literatura, la poesía, el cine, son como escuelas de vida para los jóvenes y para los viejos. Escuelas virtuales que nos muestran y nos enseñan la condición compleja de las relaciones humanas. Humanidades que enseñan a conocer el ser humano, no en el modo desubjetivado de las ciencias objetivas, sino como sujeto, individuo que vive, sufre, ama, odia y está situado en un torbellino de relaciones humanas. Por eso hay en cada vivien-



Edgar Morin, un precursor del pensamiento complejo.

cia humana algo de poético y mucho de prosaico. Debemos aprender a ser conscientes de este diálogo contradictorio y complementario. La prosa está en los oficios fastidiosos y necesarios que efectuamos diariamente para sobrevivir. La poesía emerge de los momentos de alegría, de amor, de amistad, de fiesta y de comunión. Hölderlin decía: "El hombre habita poéticamente la tierra". Creo necesario anotar que no sólo la habita poéticamente, sino prosaicamente; pero lo importante está en aprender a vivir de tal manera. Si aceptamos esta idea, vemos que puede existir una comunicación entre las dos culturas hoy separadas en los cursos de enseñanza: la científica y la humanística.

Con respecto a la cuarta finalidad de la educación, pienso en la de formar ciudadanos, no sólo de una nación, sino de la Tierra. La idea de ser "ciudadano de la Tierra" puede entenderse a partir, justamente, del examen de la condición humana y de un nuevo humanismo. ¿Por qué nuevo? Porque el humanismo tradicional tenía doble cara. La primera, arrogante, era la del hombre como sujeto único del universo, llamado a ser como dueño y maestro. Idea formulada por Descartes, Bacon, Marx, y que reinó hasta hace algunos decenios, no sólo hasta que su carácter ridículo no resistiera al innegable descubrimiento de la astrofísica —la Tierra es un astro minúsculo en la constelación—, sino también con la puesta en relieve de que el dominio de la naturaleza conlleva su destrucción, la degradación de la biosfera y la autodestrucción de la humanidad. En el fondo, la verdadera humanidad no tiene por misión el dominio, sino la convivencia y la comprensión terrestres.

La segunda faz del humanismo tradicional es la de unos derechos humanos abstractos, principios necesarios pero universalmente abstractos, sin tener en cuenta las raíces únicas e idénticas de la diversidad humana: diversidad psicológica, cultural, histórica. Aquí encontramos un modo de pensar que tenemos que inculcar en los jóvenes desde un comienzo: saber que la unidad contiene la multiplicidad y viceversa. Luego tenemos que educarlos en un humanismo con raíces terrestres, biológicas, físicas, culturales, históricas, siderales; educarlos en una toma de conciencia de la comunidad de destino planetario frente a los desafíos de vida y muerte que enfrentamos hoy por hoy: la amenaza nuclear, ecológica, económica, la ceguera mental que conduce a la muerte. Educar en el horizonte de dicha toma de conciencia nos une en el espacio que llamo "Tierra-Patria".

Foto: R. MORIN / A. MORIN